

y rezagados, mientras los franceses que guarnecían las alturas hacían resonar sus gritos de victoria.

Esta imprudencia de la tropa había causado á los ingleses más de 400 bajas, sin que Wolfe pudiese remediarlo. Entonces este cambió de táctica: dividió sus fuerzas, dejando una mitad en el punto que ocupaba para entretener al enemigo con ataques fingidos y enviando la otra, á favor de la noche, río arriba, con la orden de desembarcar detrás de la ciudad, subir á las alturas y obligar desde allí al enemigo á abandonar sus posiciones ó aceptar batalla. Ejecutóse esta operación á principios de setiembre; la escuadra inglesa, mandada por el almirante Holmes, remontó el río bajo el fuego nutrido de las baterías enemigas, mientras 5,000 hombres escasos, pero escogidos, subían por tierra á lo largo de la orilla meridional y fuera del alcance de los cañones del enemigo. Cuando los buques hubieron pasado el peligro, los 5,000 hombres subieron á bordo, y á la entrada de la noche del día 12 la escuadra echó anclas algunas millas más arriba de la ciudad. Esta maniobra dió qué pensar á Montcalm, el cual envió á Bougainville á observar los movimientos del enemigo é impedir el desembarque de sus tropas en la orilla septentrional. Aquella noche no hacía luna, pero el cielo estaba sereno y la atmósfera tranquila. Dos horas antes de amanecer, partieron de la escuadra inglesa 30 lanchas con 1,600 hombres, y llegaron en silencio, á favor de la bajamar, hasta el punto de desembarque, dirigiendo la operación, con gran alegría de la tropa, el general Wolfe en persona, porque su enfermedad se había calmado lo bastante. Al tocar en la playa, dió el centinela francés el quién vive, á lo cual contestó en francés un capitán de granaderos escoceses: «Francia.» «¿Qué regimiento?» volvió á preguntar el centinela, y el granadero contestó: «De la Reina,» porque el capitán escocés sabía ya que aquel regimiento formaba parte de la división de Bougainville y que, cabalmente, aquella noche le estaban aguardando con una remesa de provisiones. El centinela, que por supuesto también lo sabía, se dejó engañar y los ingleses pasaron. El desembarco se efectuó en una pequeña ensenada que desde entonces lleva el nombre del valiente general Wolfe, la cual por un camino estrecho conducía á la cumbre de las alturas, donde estaba apostado un destacamento de tropa francesa.

Wolfe fué el primero que saltó en tierra, y á la salida del sol los franceses contemplaron asombrados, desde las murallas de Quebec, las filas de soldados ingleses, visibles por sus uniformes encarnados, formándose en batalla. Avisado Montcalm dió sus órdenes y á las nueve de la mañana estaban ya sus fuerzas formadas en frente del enemigo y los mataderos franceses que no cesaban de hacer fuego. Un poco antes de las diez, lloviznando de cuando en cuando, dió Montcalm la señal de ataque, y los franceses marcharon á paso de carga contra las filas enemigas. Estas se mantuvieron inmóviles; su silencio é inmovilidad, á pesar del fuego violento de los franceses, tuvieron algo de ominoso que pareció helar el entusiasmo de aquellos. Sus oficiales, cuando se hallaron á cincuenta pasos del enemigo, dieron la voz de «¡fuego!» y entonces los fusiles ingleses contestaron con una descarga cerrada, seguida de otra y otra; los franceses contestaron con otras tan mortíferas como aquellas, pero de repente se movieron hacia ellos las filas inglesas á paso de carga y los arrollaron con ímpetu irresistible. Los franceses se arremolinaron y echaron á correr en confusión hacia la puerta de la ciudad, seguidos de los ágiles escoceses que, llenos de coraje, mataron á muchos hasta dentro de los fosos de la plaza.

La victoria de los ingleses fué tan rápida como completa. En tan corto espacio de tiempo perdieron los franceses mil quinientos hombres; de los sobrevivientes se salvó una parte en el interior de la ciudad y la otra en el campamento al otro lado del río Saint-Charles. De los jefes ingleses solo dos quedaron ilesos, Townshend y Murray, que después de la batalla pasaron de un regimiento á otro dando á los soldados las gracias por su valor; pero la alegría del triunfo fué amargada por la noticia de la muerte del general Wolfe.

Marchando á la cabeza de sus granaderos fué herido primero en la muñeca, y se la envolvió en su pañuelo sin mostrar ni el dolor más leve; un momento después recibió otro balazo, esta vez en el costado, pero blandiendo su espada siguió avanzando y animando á sus soldados hasta que una tercera bala le entró por el pecho y le hizo caer. Algunos soldados le levantaron con cuidado y le sacaron fuera del fuego, y al preguntarle si quería que fuesen por el cirujano, meneó la cabeza y dijo que todo había concluido para él. Un oficial que permaneció á su lado exclamó de pronto: «¡Mirad cómo corren!» «¿Quién corre?» preguntó Wolfe abriendo los ojos, como despertando de un pesado sueño. «Los enemigos, señor, todos huyen,» contestó el oficial. «Entonces, dijo el general moribundo, diga Vd. al comandante Burton que baje por el río Saint-Charles con el regimiento de Webb para cortar al enemigo la retirada por el puente. ¡Alabado sea Dios, muero satisfecho!» añadió murmurando, é inclinando la cabeza á un lado, expiró.

En aquellos momentos cayó también mortalmente herido el valiente general Montcalm, mientras se esforzaba en vano por reunir á sus soldados desbandados. Fué llevado al hospital de sangre del campamento á orillas del río Saint-Charles, y cuando los médicos le dijeron que no había remedio, preguntó muy tranquilo cuánto le quedaba de vida. «Pocas horas,» le contestaron, y entonces respondió: «Tanto mejor, así no presenciaré la entrega de Quebec.»

Los vencedores prepararon el asalto sin perder tiempo; pero antes de disparar el primer cañonazo se levantó en la plaza la bandera de parlamento, y el 18 de setiembre de 1759 Quebec y su ciudadela pasaron para siempre á manos de los ingleses.

Al llegar la noticia de esta victoria á Inglaterra, se echaron en todo el país las campanas á vuelo, resonaron salvas por doquiera, hubo en todos los pueblos fuegos artificiales y muestras de júbilo; una sola aldea quedó oscura, triste y silenciosa: era la que habitaba la madre de Wolfe, porque los vecinos quisieron honrar así el dolor de la madre del héroe.

Quebec, Niágara, Frontenac, y finalmente Crown-Point, habían sucumbido; solo quedaban Montreal y su comarca en poder de los franceses. Allí enviaron, pues, los generales ingleses todas las fuerzas de que podían desprenderse y la suerte protegió el cálculo estratégico. Las fuerzas enviadas de tres puntos diferentes llegaron delante de Montreal en un mismo día. La guarnición no creyó posible resistir, y el gobernador, marqués de Vaudreuil, capituló el 8 de setiembre del año 1760 y entregó solemnemente á la corona de Inglaterra «el Canadá con todas sus dependencias.»

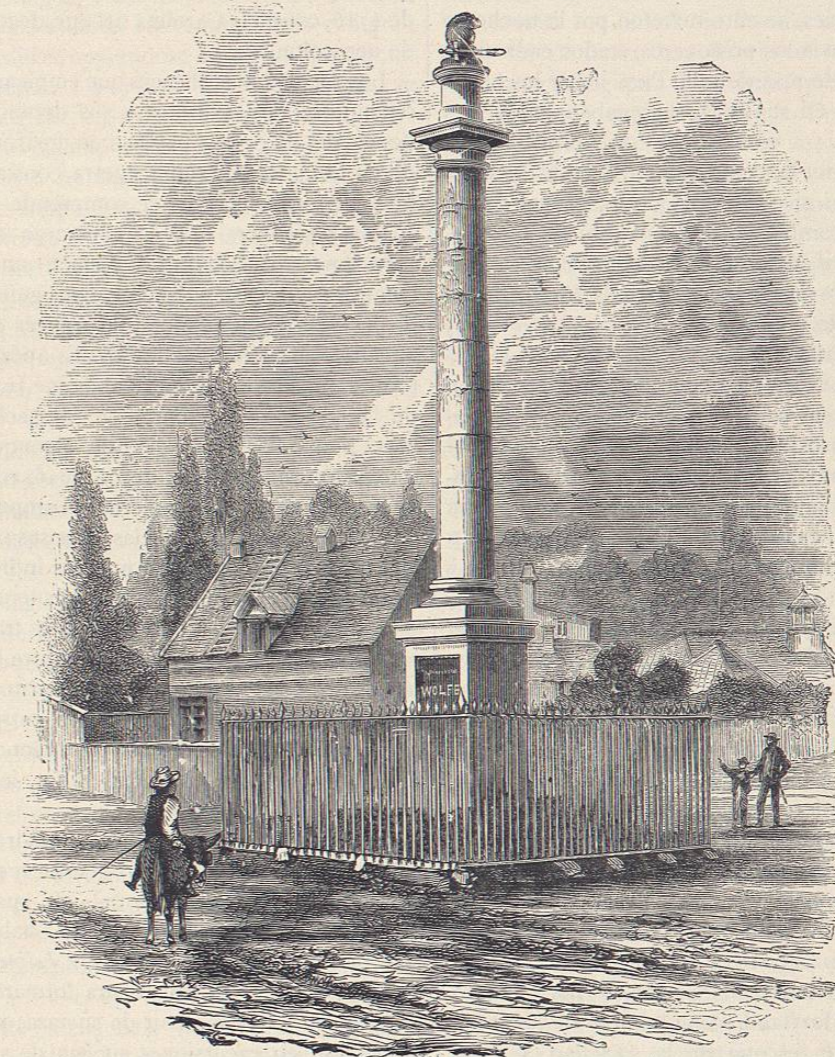
CAPITULO IV

LOS INDIOS Y LAS COLONIAS DESPUES DE LAS GUERRAS COLONIALES ANGLO-FRANCESAS

La expulsión de los franceses del continente norteamericano fué una gran desgracia para los indios, porque contados fueron los ingleses que se dignaron estudiar el genio y las costumbres de los pieles rojas y que se aproximaron á ellos. Los colonos fronterizos, gente recta y laboriosa pero

sencilla y ruda, los miraban con recelo, y avanzando siempre, se apoderaban sin consideración de los territorios más fértiles para establecer allí sus rústicas moradas, hechas de troncos de árboles, y cuyo ajuar primitivo se reducía á lo más indispensable. Cuando sus mujeres é hijas no bastaban para hilar y tejer las groseras telas que necesitaban para defender el cuerpo contra la intemperie, se vestían con las pieles de los animales que cazaban en abundancia, mientras no les faltaban municiones. Desde mediados del siglo pasado fué

siempre creciendo la corriente de la inmigración, la cual se dirigió con irresistible ímpetu al otro lado de los montes Alleghanis para extenderse hacia el centro del continente, donde ya los fuertes franceses no impedían su establecimiento. De los derechos de los indígenas nadie se cuidaba, porque para los colonos ingleses solo el cultivo daba el derecho de propiedad. Cierto es que los franceses también habían despojado á los salvajes de la propiedad de las comarcas que ocupaban, pero su amabilidad y sociabilidad



Monumento erigido en Quebec á la memoria de Wolfe

habían hecho menos humillante el despojo; de suerte que su expulsión del continente americano fué también para los indígenas el principio del fin, y no faltaron jefes de tribu que así lo comprendieron.

Cuando los europeos llegaron á la América del Norte, habitaban la parte oriental hasta el Mississippi tres grandes grupos de indios, sin contar los grupos menores como los uchies en Georgia, los nachez en Luisiana y los catabas ó cutabas en la Carolina. Formaban estos tres grupos principales los hurones, incluidos los iroqueses. Los algonquinos y los indios que vivían en el Mediodía, desde las Carolinas hasta Móbilá, cuyas principales ramas eran los criques, chotás, chiquesás y cheroquies.

El grupo algonquino era el más numeroso, y comprendía todas las tribus que á la llegada de los europeos habitaban la Nueva Inglaterra, la Pensilvania y la Virginia, y de las cuales las principales eran los abenaquies del Maine, los

narragansetes y picuodes del Massachusetts y Connecticut, los manhátens de Nueva York, los leni-lenapes ó delawarees de Pensilvania, los pauhátanes de Virginia, y por último los chavanós, los miamis é illinois, los odchibvás, potawatamies, otavas, saques, zorcos, menomonies y knistenós en la región de los grandes lagos.

El grupo iroqués tenía su centro al Sur de los lagos Ontario y Erie, y se distinguía de los demás grupos por su mayor ferocidad, por su valor é inteligencia y por su organización social más adelantada. Los iroqueses, como los demás indios, vivían de la caza, pero también cultivaban la tierra, moraban en grandes y pobladas aldeas, defendidas por empalizadas y casas fuertes, donde siempre tenían grandes acopios de maíz. Dividíanse en cinco ramas que formaban una liga ofensiva y defensiva permanente, y como siempre estaban en pié de guerra, hiciéronse el terror de las demás tribus indias, á las cuales vencieron constantemente, y exterminaron.

ron á muchas de ellas. Las cinco ramas ó naciones iroquesas se llamaban mohagues, oneidas, onondagas, cayugas y séneecas, á las cuales se agregó en 1714 y 1715 otra rama, la de los tuscaroras. Ya hemos dicho que estos iroqueses exterminaron poco menos que completamente á los hurones ó viandotes y cinco otras tribus como los eries, los andastes, los lénapes y los otavas. Los hurones que quedaron se establecieron en la comarca de Detroit y algunos grupos en el interior del Canadá. Para formarse idea de la ferocidad de estos y de todos los indios de la América del Norte en general, basta decir que, despues de haber vencido en una gran batalla á la tribu de los eries, se entretuvieron por la noche en asar vivos á los prisioneros, atados cada uno á un poste, en número de mas de mil. Para llenar los claros que las guerras abrian en sus tribus adoptaban tambien á los enemigos vencidos, y á veces á los restos de tribus, que mayores pruebas de valor habian dado en la lucha ó en los tormentos subsiguientes si caian prisioneros, lo cual contribuyó á la desaparicion completa de muchas tribus contrarias. Los demás grupos indios supieron, como los iroqueses, organizar y conservar entre sus ramas ó tribus una estrecha alianza durante casi todo un siglo.

Los poetas han descrito en versos y en novelas á los indios de la América del Norte; los científicos modernos han estudiado sus idiomas, sus caracteres etnológicos y sus cualidades, costumbres y usos; pero el indio de hoy no es ya el del siglo pasado, ni menos el de dos siglos atrás. La civilizacion les sorprendió cuando pasaban de la edad de piedra á la del bronce ó cobre, cuando sus ideas religiosas estaban todavia en el estado rudimentario y nebuloso de vestiglos y duendes dañinos.

Los primeros europeos que pusieron los piés en la América del Norte fueron recibidos amistosamente en casi todos los puntos donde desembarcaron; pero cuando los indígenas se hubieron convencido de que eran tan rapaces y brutales como ellos, menudearon las desavenencias, los conflictos y represalias. Los españoles, que desembarcaron en las costas meridionales, empezaron desde luego y continuaron despues atrayendo á cuantos indios podian para venderlos por esclavos ó hacerlos servir como tales. Lo mismo hicieron los franceses, que los atraían á bordo para llevarlos á Francia, de donde nunca volvieron; y los ingleses no se condujeron mejor, tanto que durante largo tiempo la mayor parte de los esclavos de la Carolina eran pieles rojas, y poco mas ó menos sucedia en el Maryland. Gran número de los inmigrantes europeos eran la escoria de la sociedad, y en el mejor caso, fuera de las personas principales, eran todos gente ruda é ignorante, que se permitia toda clase de atropellos con los indígenas. Por el hurto no probado de una copa de plata fueron incendiadas una multitud de aldeas indias, sus sembrados y cosechas; la revolucion de Bacon, en Virginia, empezó con el degüello de indios amigos y de parlamentarios enviados por tribus para tratar. Los holandeses, que por lo general se limitaban á engañarles, vendiéndoles aguardiente en cambio de pieles, tuvieron allí un gobernador, llamado Kieft, que para acabar con las tribus salvajes hizo matar á las mujeres y á los niños de ambos sexos, y aun en nuestro tiempo han imitado este ejemplo oficiales del ejército de los Estados Unidos. Cuando los ingleses compraron á los indígenas los primeros territorios que ocuparon en la Nueva Inglaterra, como dice Bancroft, el historiador de los Estados Unidos, lo hicieron bajo pactos cuyo sentido no comprendieron los indios hasta que vieron que los extranjeros se apoderaban de sus mejores territorios.

Cuando Champlain invadió con indios hurones el país de los iroqueses y les hizo sentir por primera vez los efectos de

las armas de fuego, los iroqueses procuraron con paciencia adquirir aquellas armas terribles y aprender su manejo para despues dirigirlas contra los invasores. Los infinitos horrores y felonías cometidos por los ingleses con los indios, fueron pagados por estos á su tiempo en la misma moneda; su táctica se reducía á sorpresas, celadas y tormentos espantosos. En las grandes sorpresas que dieron á la colonia de Virginia el 22 de marzo de 1622 y el 18 de abril de 1644, mataron en una hora, en la primera, 347 y en la segunda cerca de trescientos blancos, de todos sexos y edades. En otra sorpresa que la tribu de los yamasés dirigió, el 15 de abril de 1716, contra la Carolina del Sur, degollaron los indios mas de 200 colonos.

Los medios mas eficaces que emplearon los europeos para defenderse de los indios y sus depredaciones fueron cordones de fuertes y plazas con guarniciones permanentes, desde donde hacian una guerra constante que los salvajes no podian imitar, como se comprende.

Los sacerdotes franceses hicieron esfuerzos prodigiosos para convertir á los indios; y efectivamente, á fuerza de paciencia, sacrificios y trabajos, consiguieron notables resultados (1); pero con el dominio francés desapareció tambien el catolicismo entre los indios. El apóstol mas notable del protestantismo inglés entre ellos fué Juan Elliot, predicador de la iglesia de Roxburg, en Massachusetts, desde 1632 hasta 1690, el cual predicó en algonquin á los indios de este grupo, sus vecinos, desde 1646, recorriendo las aldeas de los salvajes, que acudieron en tropel para oír sus sermones. Tambien fundó escuelas para sus prosélitos, á fin de civilizarlos, y hasta organizó pueblos indios. Escribió una gramática india y tradujo la Biblia á la lengua algonquina. Pero solo fueron de verdadera utilidad los trabajos de conversion y de civilizacion que desempeñó entre los indios que vivian mezclados con los blancos ó en territorio de las colonias. Ningun resultado palpable obtuvo entre los indios bravos, y el célebre jefe llamado por los colonos ingleses *el rey Felipe*, al cual quiso convertir Elliot, le despidió con muy malos modos.

Este indio habia sucedido á su padre en la jefatura de la tribu por una excepcion, porque la costumbre india exigia que el hijo de la hermana del jefe sucediera á este en su dignidad. De todos modos, no podia haberse hecho una eleccion mas acertada, porque *el rey Felipe* fué el primero que tuvo bastante inteligencia para formarse una idea clara de la situacion y del porvenir de su raza; y en lugar de ocupar á su tribu en excursiones sueltas de exterminio, formó el plan de una lucha de vida ó muerte contra los invasores, á cuyo fin trató de crear una confederacion general de las tribus de su raza para hacer la guerra á los blancos. La guerra duró dos años, y en este tiempo los indios mataron mas de 600 blancos, sin contar los heridos que curaron, y cuyo número fué proporcionalmente mucho mayor. Trece aldeas y centenares de casas fueron destruidas y reducidas á cenizas por los salvajes á las órdenes de Felipe; pero finalmente, fueron hechos prisioneros su mujer y su hijo, de edad de nueve años, el cual fué vendido por esclavo en las islas Bermudas. Su padre, refugiado en un pantano, murió de un tiro que le disparó otro indio, el cual fué bien recompensado por los ingleses, que enseñaron la cabeza del terrible jefe en la colonia de Plymouth.

Ardía todavia la última guerra entre ingleses y franceses en el suelo americano, cuando estalló una lucha formidable entre los ingleses y los indios cheroquíes y sus aliados, excitados probablemente por agentes franceses. Los colonos fron-

(1) Charlevoix: *Nouvelle France*.

terizos acusaron á los indios de haberles robado algunos caballos; y para castigar este robo, el gobernador de la colonia, llamado Littleton, entró con 1,500 hombres armados en territorio indio, mató unos cuantos salvajes, y no pudiendo dar con el enemigo, volvió al territorio de la colonia. Detrás de las tropas siguieron los indios y destruyeron varias caserías de colonos, por lo cual fué enviada contra ellos otra division mandada por el coronel Montgomery, que socorrió un fuerte que los indios tenian bloqueado y quemó algunas aldeas suyas. En un desfiladero que los ingleses tenian que pasar les aguardaron los enemigos, y allí hubo una lucha encarnizada de la cual aquellos salieron vencedores, pero con gran trabajo y muchas pérdidas, contándose entre los muertos un comandante. Esto animó á los indios, los cuales, cuando se retiró la expedicion inglesa, sitiaron el fuerte Loudonn. La guarnicion, casi muerta de hambre, se rindió; los salvajes mataron al comandante y á treinta soldados y se llevaron los demás habitantes prisioneros. Esta victoria entusiasmó tanto á los cheroquíes que pronto contaron con una hueste de tres mil guerreros, contra los cuales fué enviado el coronel Grant con 2,600 hombres entre tropas inglesas regulares y milicias de las colonias. Esta vez fueron destrozados los indios en una batalla sangrienta y devastadas sus aldeas tan terriblemente, que solicitaron la paz y les fué concedida en el año 1761.

Despues de la rendicion de Quebec y de Montreal, los ingleses fueron extendiéndose por todas partes donde los franceses habian dominado siquiera nominalmente; pero allí los agentes, comerciantes y cazadores canadienses y franceses continuaban, en sus relaciones con los indígenas y los excitaban contra los ingleses, contándoles mentiras groseras de grandes socorros de Francia, entre otras la de una escuadra francesa de 60 buques que subiría por el Mississippi y reconquistaria todo lo perdido. Lo peor para los ingleses fué que á la cabeza de los indios, excitados y furiosos por verse privados de muchos objetos, entre ellos armas, pólvora y plomo, á que les habian acostumbrado los franceses, estaba entonces un jefe inteligente llamado Pontiac, que como el llamado *rey Felipe*, tenia un plan vasto para exterminar y arrojar de América á los invasores blancos. Pontiac, valiéndose del crédito que gozaba en todas las tribus que habitaban entre los montes Aleghanis y el Mississippi, consiguió reunir en una confederacion multitud de tribus poderosas. Como todos los de su raza, era enérgico, astuto y falaz, y además tenia bastante inteligencia para conocer que aquel era el tiempo mas favorable para realizar su plan, porque en primer lugar los ingleses habian debilitado las guarniciones de todos los puntos fuertes á fin de reforzar los cuerpos expedicionarios enviados al Canadá; en segundo lugar, concluida esta guerra, habian licenciado las fuerzas puestas sobre las armas, y por último, las colonias estaban cansadas de luchar. Sabiendo todo esto, el astuto Pontiac trató de apoderarse con un golpe de mano del fuerte de Detroit, mandado por el comandante Gladwyn, que solo tenia á su disposicion 120 hombres y unos cuarenta comerciantes de pieles que se hallaban en el fuerte, pero que como canadienses no merecian gran confianza. Las murallas estaban defendidas con unas cuantas piezas de artillería de poco calibre y en el rio habia dos pequeñas goletas armadas en guerra. Estando el comandante de la plaza sobre aviso, no tuvo éxito la sorpresa preparada y la guarnicion pudo sostenerse algunos meses, al cabo de los cuales llegó á su auxilio el capitán Dalzell con 280 soldados. En una salida que luego hizo para arrojar á los indios de la otra orilla del rio, tuvieron los ingleses 59 bajas entre muertos y heridos, figurando entre los primeros el citado capitán. Durante este tiempo los indios

habian tomado todos los fuertes de la region de los grandes lagos y del Oeste, degollando las guarniciones, salvo algunos pocos individuos que consiguieron escapar de la matanza. Los fuertes fueron entregados por los vencedores á las llamas, á saber: Niágara, Sandusky, Saint-Joseph, Michilimackinac, Miansi, Presqu'Isle, Le Boeuf y Venango.

Pronto disolvieron la confederacion organizada por Pontiac el hambre, las enfermedades y las disensiones entre los mismos confederados. Pontiac se vió obligado á solicitar la paz y murió en 1769, en el país de los illinois, á manos de un traficante inglés.

Mientras los indios de Pontiac sitiaban la plaza de Detroit, los de las tribus de chavanes, delawares y séneecas hacian cruda guerra á los habitantes de la Pensilvania en los distritos fronterizos del Oeste. En esta guerra los séneecas se apoderaron por sorpresa de un convoy de víveres y municiones de guerra destinado al fuerte de Niágara, junto á la célebre catarata del mismo nombre. Dueños del convoy, arrojaron al precipicio á los individuos de la escolta que habian sido respetados por las balas; solo un muchacho se salvó casualmente por haberse enredado en la caída en una rama saliente, y pudo llevar al fuerte la noticia del suceso. Los delawares, llenos de coraje y deseosos de vengarse de su inicua expulsion del territorio que desde antiguo habian habitado, bloquearon inútilmente el fuerte de Pitt, cuyo sitio, en la lengua de tierra que separa los rios Aleghani y Monongahela en su desembocadura en el Ohío, ocupa hoy la ciudad manufacturera de Pittsburg; mas en cambio llevaron la desolacion á los pacíficos valles de la ladera oriental de los montes Aleghanis, donde dejaron tras sí solo caserías reducidas á cenizas y entre las ruinas los restos mutilados de los infortunados habitantes, habiéndose llevado los demás en calidad de esclavos. Prevaleciendo entonces los cuáqueros en el parlamento de la colonia, cuya religion les prohibe la guerra, el gobierno colonial no pudo enviar socorro armado á los colonos fronterizos, y entonces estos, en su desesperacion, enviaron á Filadelfia varios carros con los cadáveres destrozados de sus parientes y allegados, víctimas de los salvajes, y los hicieron recorrer las calles para conmovier al pueblo y excitarlo á la venganza. El clamoreo de los colonos y la continuacion de las atrocidades de los salvajes decidieron al fin al general Amherst á enviar contra estos al coronel Bouquet, originario de la Suiza francesa, con refuerzos, á los cuales se agregaron muchos tiradores de Virginia y un cuerpo de voluntarios fronterizos. Con estas fuerzas persiguió Bouquet en dos campañas á los feroces indios hasta en el interior de su territorio, despues de organizar un buen servicio de reconocimientos y exploracion, primera condicion para lograr un buen resultado en las expediciones contra estos. En la primera campaña les derrotó en un sangriento combate en el sitio llamado desde entonces Bushy-Run, no lejos del punto donde Braddock habia caído con su division en la terrible celada de los salvajes. En la segunda expedicion llegó hasta mas allá de los rios Muskingum y Seioto, en el corazon de las selvas vírgenes, y destruyó las aldeas de los delawares. Entonces los salvajes, aterrados, pidieron la paz y la obtuvieron en cambio de rehenes y de la restitution de todos los prisioneros blancos que desde largos años habian sido llevados al interior. Muchos de estos, habiendo sido hechos prisioneros en su niñez, habian olvidado su idioma materno y hasta el recuerdo de su infancia. Así habia sucedido á una joven alemana, que no conoció á su madre hasta que al fin se conmovió al oirla una estrofa de un antiguo himno religioso que su madre solia cantarle cuando era niña, para hacerla dormir. Muchas de estas escenas conmovedoras presenciaron Bouquet y sus soldados, á su regreso